

puede ser muchas cosas, pero, sin lugar a dudas, está vinculado con el verdadero y desgarrado y punzante tema de *Cumpleaños*: la libertad humana.

Con todos estos elementos Fuentes confabula los términos de una pregunta atormentada sobre el libre albedrío del hombre: esto es, sobre el hombre mismo. Si Octavio Paz se ha quejado recientemente —*Conjunciones y disyunciones*— de la falta de una historia del hombre, Fuentes intenta aquí, al menos, situar ese indefinible mediante el rigor implacable del ser y la naturaleza de la libertad.

“... Ser engendrado, nacer, morir, son actos ajenos a nuestra libertad.” Contra esos actos Fuentes levanta nuevas inquisiciones. Su voluntad de reverso, de violación, lo toca todo. *Cumpleaños* participa de un diabólico intento de construir, como una Torre de Babel, el espacio de la duda absoluta.

Fuentes quiere negarlo, invertirlo todo. Primero, el narrador, al recobrar la memoria, se transforma. Y a partir de esa metamorfosis se inicia una serie de oscilaciones de identidad, de transmuciones de términos. Los protagonistas son un péndulo frente a un espejo: la imagen de sus identidades oscila entre puntos de fusión y dispersión, que finalmente se resuelven en la pretendida historia de “Siger de Brabante, teólogo magistral, denunciado por Etienne Templier y por Tomás de Aquino”, el cual “fue asesinado por un sirviente enloquecido en 1281”. Y se agrega lentamente: “Algunos cronistas disputan la veracidad de esta fecha.” La veracidad de *Cumpleaños*, la veracidad del tiempo, la veracidad misma.

En todo caso, la veracidad está en un deseo de negación total, de romper el relato, de disolver el lenguaje, de violentar cualquier orden. El estilo mismo de la novela es frío, metálico, acerado. Las frases construyen planos, geometrías severas. Las palabras, secas, tejen porosidades húmedas de ambigüedad. En cierto modo, la prosa de Fuentes se niega a cumplirse, a significar fuera de *Cumpleaños*, que es una novela, pero que es también un capítulo, y que aspira a ser un párrafo, una frase, una palabra de múltiples significados. Puede afirmarse incluso que en ocasiones la prosa se vuelve pesada, molesta: el lenguaje quiere ser todo, menos literatura. La intención de la prosa de Fuentes está en otro lado: quiere agredir, busca la duda, se complace en el laberinto, en cerrarse sobre sí misma, en guardarse dentro de la barriga todas las cosas que nombra.

Carlos Fuentes afirma, finalmente, que el escritor es el máximo violador de realidades. De esa violación deberá surgir una nueva historia que nos libere de la bastarda enajenación establecida.

Por todo esto, y en última instancia, quizás *Cumpleaños* sólo sea una simple Caja de Pandora, modelo latinoamericano. No más, no menos.

la parábola del caos

Por Mónica Mansour

Gombrowicz ha querido realizar en *Cosmos** “una novela sobre la formación de la realidad”.

Ante el caos, es decir, ante una serie de elementos racionalmente inconexos y absurdos, surge la necesidad o incluso la urgencia de encontrar un camino que designe un orden. Este camino no puede ser, para él, sino subjetivo, puesto que su principio, lo que le da sentido, es una idea —elegida al azar, entre todo lo que nos rodea— que se convierte en obsesión, desde el momento en que intentamos explicarla. Así, la repetición obsesiva de esa idea en relación con las otras cosas forma un orden definitivo: un mundo con sentido.

El autor crea de esta manera su realidad, reconociendo un orden en el caos. Parte de dos elementos “absurdos”, inexplicables, que le han llamado la atención y que necesitan de algo que los una y que explique el mundo: un gorrión ahorcado y colgado de un árbol y una extraña relación entre dos bocas totalmente diferentes. En cuanto esos dos elementos reciben atención especial, todo gira en torno a ellos y se convierten en una obsesión. Igualmente se vuelve obsesivo el inquirir por una relación entre ambos elementos. Esta búsqueda es, desde entonces, el orden que conformará la realidad. Se inicia así una serie de asociaciones que unen otros acontecimientos y objetos con el camino que se ha asumido.

Sin embargo, el sentido de esta realidad, o sea la explicación de los elementos primarios y de lo que se ha relacionado a ellos no llega a atisbarse. Existe el peligro de que la falta de identificación o de unidad transforme todo en un absurdo y no logre aislar un principio de explicación dentro del caos. Frente al conflicto angustioso que implica esa determinación de la realidad, el autor-protagonista decide incorporarse a ella, con la esperanza de así entenderla mejor. Para participar, lleva a cabo un hecho parecido y relacionado a su primera obsesión, que sin querer la sobrepasa. Ha intentado hacerse cosa, hacerse una parte más de esa cadena de orden, ahora ya inevitable.

Aquí surge una nueva posibilidad de interpretación: son dos muchachos, dos mentes humanas, que han convertido en obsesión los mismos elementos en búsqueda de la realidad. Sin embargo, sólo uno de ellos ha realizado un hecho que

complementa el cuadro de las asociaciones; para el otro, este hecho, visto desde fuera se une al misterio de uno de los elementos, y desde este momento ambas inquisiciones sobre la realidad llevan caminos por completo diferentes.

Se presenta también un problema de lógica en lo que se refiere a la posibilidad de entendimiento de un mundo creado por una serie de elementos. Racionalmente, éstos no tienen en absoluto relación entre sí; pero, a medida que la mente asocia otros elementos con los primeros, se va estableciendo una nueva lógica, una lógica propia de esa realidad particular.

Llega por fin el momento en que se pueden unir los dos elementos primeros: el mundo cobra su sentido y se consume la angustia de la búsqueda en la comprensión de la totalidad, en la unidad de todo lo existente. Las cosas se ordenan conforme a una lógica que es, en sí, la realidad.

El conflicto que hemos descrito se desarrolla dentro de un ambiente aparentemente normal. Una familia polaca ha hecho de su casa en las afueras de la ciudad una casa de huéspedes, a la que llegan dos muchachos que están tratando de escapar de sus problemas en la vida cotidiana de Varsovia, familiares y de trabajo. Los miembros de esta familia —personajes bien delineados, cada uno con sus particularidades— viven de acuerdo con un orden establecido. Sus costumbres y manías también configuran ese orden, que sólo se empieza a quebrar cuando los nuevos huéspedes entran, tratando de encontrar una explicación racional a este mundo. Puesto que la realidad no es lógica, el intento de encontrarle un sentido la vuelve absurda. Y es precisamente ante el absurdo que los huéspedes se ven ante la necesidad de un orden, propio de su entendimiento individual.

Gombrowicz, en esta parábola del problema del hombre ante el mundo, ha creado así, con elementos sencillos, un caos y la angustiada búsqueda de un sentido que lo ordene, para hacerlo accesible y aceptable a la mente humana: la creación de una realidad.



* Witold Gombrowicz, *Cosmos*. Trad. de Sergio Pitol. Barcelona, Seix Barral, 1969 (Biblioteca Breve, Novela, 296 pp.).